

Escritor chileno de ciencia-ficción conocido en Europa y Estados Unidos. Ray Bradbury patrocinó sus cuentos. La mujer ocupa sitio importante en sus narraciones.

SE lo quisiera cualquier escritor chileno. Pero rara vez las cosas ocurren por azar. Más bien ellas se presentan por la fuerza del talento. Sí. Recibir varias cartas del escritor Ray Bradbury, toro sagrado en el mundo de la literatura de ciencia-ficción, es algo de primer orden para promoverse y decir: "Ven, esto es lo que valgo yo".

Pero Hugo Correa, destinatario de varias misivas en inglés de Bradbury, se mantiene reservado y en silencio. Fue el crítico Patricio Tupper, gran amigo del escritor Correa, quien me pasó el dato, por si acaso.

Algo más. El mismo Hugo Correa, modesto hasta la médula, nada había dicho sobre sus cuentos publicados en Estados Unidos y auspiciados por Bradbury. Y ni siquiera se conocen personalmente. No es todo. Como no fuera por dos revistas que recibí de España, dos ejemplares de "Nueva Dimensión", tampoco hubiera sabido que en ese país se leen sus cuentos, que fue incluido en una antología de la literatura hispánica y que el diario "ABC" le dedicara, hace poco, dos páginas completas de su edición del 28 de marzo de 1969. El escritor español Carlos Murciano, autor de la entrevista, la incluyó, además, en un voluminoso estudio de la ciencia-ficción, que hoy circula por todos los países de habla hispana.

¿Estaba enterado usted?

el humor diario

Sobre una de las repisas de su oficina, en el centro, están "Los Altísimos", "Alguien me fue en el viento", Premio Alerce 1959; "El que merodea en la lluvia" y "Los títeres". Todas obras de ciencia-ficción.

Tupper me dice con cierta complicidad:

—En ese cajón, ahí están las cartas en un archivador.

Después de una larga y discutida resistencia, Correa accede. En una de ellas, Bradbury señala que, sin dudas, este escritor chileno es el más importante de su género en el continente.

En otra, no es capaz de reprimir su entusiasmo y lo felicita "Congratulations" y, aun más encendido el elogio, exclama tres y cuatro veces en un mismo párrafo: "¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!"

Y, sin embargo, famosa es la parquedad con que Bradbury contesta sus cartas.

Hugo Correa, 43, casado, cinco hi-

jos, trabaja las ocho o más horas que debe cumplir todo funcionario público, colabora en algunas publicaciones chilenas, en tiempos libres va al piso de la UFO-CHILE (asociación de numerosos investigadores y científicos), de la cual es presidente, y, día tras día, fabrica sus cuentos y novelas, entre visitas a amigos y charlas en las que descuella por su ingenio.

Le pregunto si sospecha el porqué los chilenos somos tan apáticos para la ciencia-ficción. Dice:

—Lo cierto es que somos apáticos para todo. Estamos con la "lata" hasta el cuello. No sólo no interesa la ficción, sino que toda manifestación artística apenas da un fugaz destello. Para mí, sería de perilla que cayera en los Andes o en Santiago un platillo volador. Entonces, como aquí se funciona por reflejo condicionado, periodistas y curiosos buscarían cuentos y novelas sobre OVNIS. Con ellos ilustrarían, darían un "golpe" noticioso. Quizá, en esta eventualidad, se me leería algo. De lo contrario...

En un país subdesarrollado como el nuestro, sin una real tradición científica, donde cada descubrimiento espacial, por pequeño que sea, se tilda de suceso mundial, no se pueden exigir al público corriente una conducta y un deseo por interesarse en estas materias. En Argentina y España la ciencia-ficción está en el buen camino. Se debe a su progresivo desarrollo técnico. En Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y todas las naciones de alto poder tecnológico y conciencia científica, la población gusta de tales obras. Está habituada. Se le hace más familiar. Como decía Teilhard de Chardin: "En la escala de lo cósmico, sólo lo fantástico tiene probabilidades de ser verdadero".

De ahí que la obra de Correa sea atractiva y considerada "de peso" en otros ambientes. Domingo Santos, crítico español, tomó contacto con el poeta chileno Miguel Arteche y éste le facilitó libros de Hugo Correa. El comentario que escribió en "Nueva Dimensión" sirve de ejemplo. Lo adjunto parcialmente:

—Son obras muy dignas de ser leídas y lo único que hay que lamentar hasta ahora es que ningún distribuidor se haya decidido a importarlas a España. Un hecho incuestionable: esos libros son, además de ciencia-ficción, literatura. Quiero decir con ello que la ciencia-ficción puede colocarse en este caso a nivel de "literatura mayor".

Carlos Murciano, en el "ABC" de Madrid, anota:



Hugo Correa, el novelista chileno de ciencia-ficción, de amplia y merecida difusión en el extranjero. El público chileno desconoce su narrativa interesante y original.

—“El que merodea en la lluvia” es una novela inquietante, desazonante. Debemos confesar que hemos leído sus doscientas páginas de un tirón...

¿Cuántas veces ha ocurrido este fenómeno en nuestra literatura?

el eterno subordinado

En “Los títeres” (Zig-Zag), Correa plantea situaciones que bordean lo novedoso y lo particular. Uno de los cuentos, “El veraneante”, nos refiere una escena en la playa. Allí se pasea un “sosia”, que es un doble perfecto del ser humano, el cual está en su casa tranquilo, quien se ha alejado de sus labores para tomar unas cortas vacaciones. En su andar por la costa, bordeando el Pacífico, topa con una muchacha hermosa que se ha herido. Entre ambos surge un diálogo desconcertante.

La joven pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

—Max.

—¿A qué se dedica? No lo había visto antes.

—Llegué hace menos de una hora.

—¿Está su original aquí?

—No: está en Santiago.

—Por lo visto usted es más callado que yo. Porque soy poco habladora, aunque no me crea.

Ella agrega, ante la evidente duda y desconcierto del sosia Max, inflexible a la provocación:

—No tiene por qué ser así —dijo ella vehemente—. Las mujeres son más francas y valientes que los hombres. Soy libre para amar a quien se me antoje.

Max no cede. Al final:

—En la arena húmeda las pisadas del títere formaban una línea que lo unía a la muchacha, pero alargándose cada vez más.

Hay una ternura, cierta comprensión, un sentido de las relaciones humanas que pende de un imperativo superior, divino o mundano. Como si las actitudes de los seres del universo de Correa, junto con poseer su independencia, se vieran atoradas dentro de un marco que las dirige o, al menos, determina.

—Lo cierto —explica Hugo Correa— es que todos los hombres, de una manera u otra, estamos acondicionados, subordinados por la naturaleza individual y por el ambiente en que se nace y evoluciona. Nunca somos ca-

paces de realizar lo que efectivamente queremos. Sea porque cambiamos de miras, guiados por fuerzas que desconocemos, o por la presencia de hechos que se imponen y que resulta inútil dominar.

Esta es la atmósfera que circula en su obra. No obstante, la salida, la puerta de escape, a través de la cual sus personajes podrían realizarse, se halla bloqueada también, pero la acción directa, planificada, tal vez destruya el tabú de ese hermetismo en que sus sosias habitan.

Uno de los cuentos de esta colección, “El elegido”, evoca los percances a que se somete un revolucionario del futuro y describe las causas de su fracaso en un mundo superorganizado.

La tendencia política es muy similar a la actual. Mas, hay una variante que asusta. Es tal la fortaleza de la autoridad constituida, conservadora y prácticamente automática para defender sus privilegios que ésta organiza una revuelta para desprestigiar ante la población los efectos del conato. Y hay ministros, revolucionarios, policías, funcionarios, mujeres, niños, que conducen su vida pública bajo la careta de su sosia. De tal manera que, en contadas ocasiones, debido a que muchos títeres no son idénticos a sus originales, esos individuos saben a qué atenerse. Una suerte de caos, una represión surgida del estado de cosas y de las circunstancias.

—En ello —manifiesta el escritor Correa— deambula lo que yo llamaría una devoción demoníaca, una persistencia del bien y del mal, juntos, como fuerzas contrarias, que motivan los acontecimientos.

En “El que merodea en la lluvia” también es el mal, tras la imagen de un ser misterioso, incógnito, el que empieza a atraer el interés de todos los protagonistas, que se vuelcan, paulatinamente, en sus sentimientos y quehaceres hacia el fenómeno, ese monstruo que marca a sus víctimas en la lluvia y en la tormenta. Aquí no se salva ningún personaje de la irresistible determinación que ocasiona el monstruo. También el hombre está motivado y, como un encantado sortilegio, supeditado a la presencia femenina. Patricio Tupper escribe al respecto: “La mujer ocupa un importante sitio en su narrativa, un puesto preferencial, identificándola casi siempre con otras fuerzas misteriosas que pueden elevar o despeñar a un hombre, si quieren”. V. I.